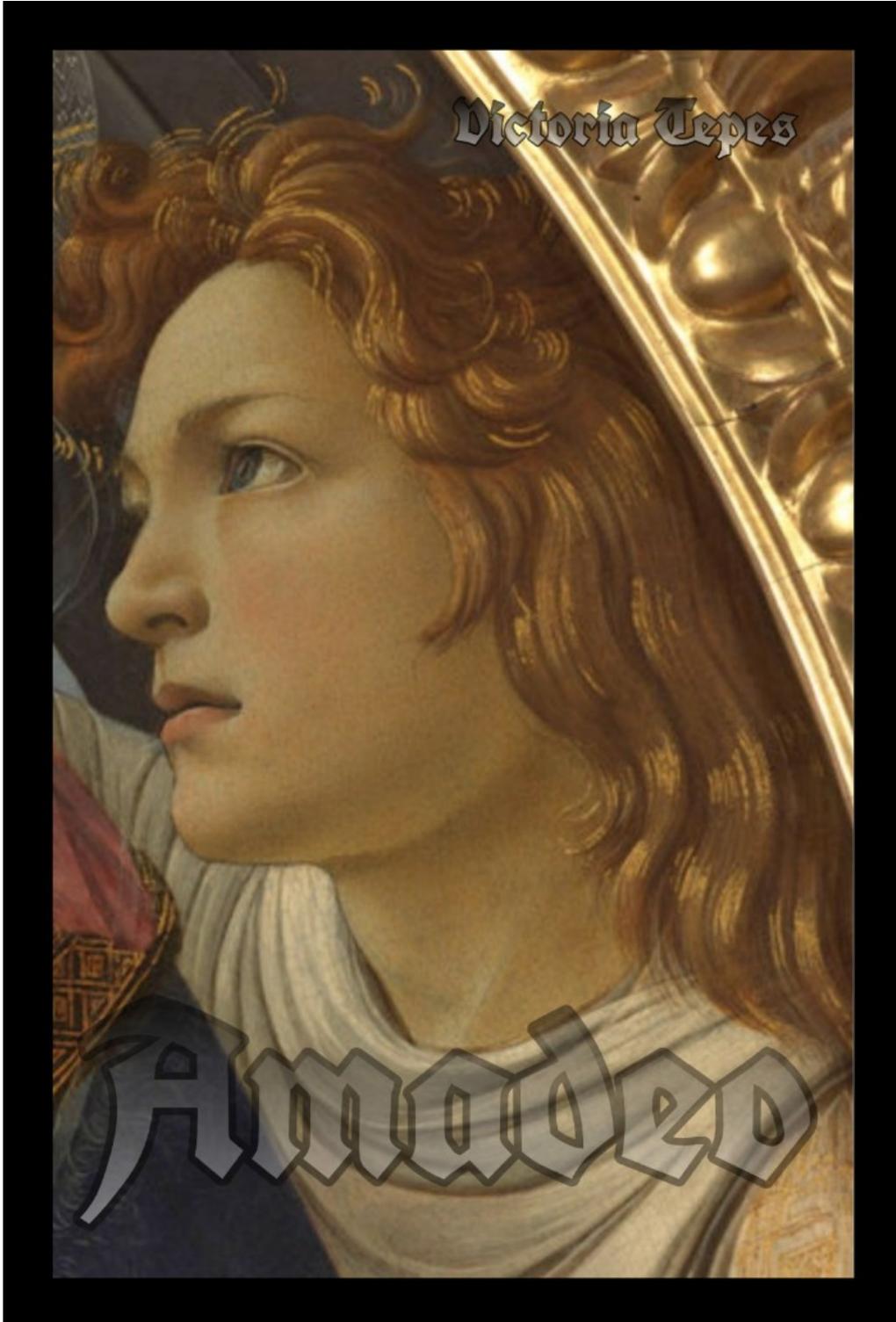


Amadeo

Victoria Tepes



## Capítulo 1

*Por alguna casualidad y deseo personal, decidí caminar por aquellos lugares de mi infancia. Mi querido y odiado pueblo. Hacía al menos veinte años o algo más que no lo visitaba. Este pequeño y no muy bonito pueblo había cambiado mucho. Sus habitantes habían disminuido ya que, la mayoría de los jóvenes habían decidido largarse a las grandes ciudades y la baja natalidad, afecta también a estas situaciones. Pasé horas observando ese edificio abandonado que alguna vez fue habitada por mis fallecidos abuelos, la nostalgia de repente llamó a mi corazón. Una pequeña lágrima se deslizó por mi mejilla, traté de limpiarla para así no arruinar mi bonito maquillaje. No me atreví a seguir allí, sentía una tremenda tristeza y melancolía, hacía mucho tiempo que no lloraba, a pesar de ser una persona sensible, parece ser que mi sensibilidad se ha ido perdiendo por los años. Visité el antiguo casco de mi pueblo y su bella iglesia del siglo XIII, su campanario estaba cada vez más viejo. No pude evitar indagar dentro de aquel hermoso monumento y fue mi sorpresa cuando descubrí que los pocos niños que quedaban en el pueblo estaban rezando y practicando para su primera comunión. Debo aclarar, que no soy un alma cristiana ni católica, pero amo la belleza y el arte en estos monumentos y templos, sus historias, sus pinturas, su lúgubre ambiente, me encantan. Por respeto, me mantuve en la última fila de la iglesia, sentada al lado de mi propia sombra, cuando en mi corazón un fuerte pinchazo afloró. Su presencia, su aroma, su sombra, ante mí se presentó la mayor belleza que había visto jamás. Era un chico de unos dieciséis años, sus cabellos eran de un castaño casi rubio, rizados hermosos. Sus ojos eran verde intenso, el verde de esos bosques fondosos del Amazonas. Sus labios gruesos y rojizos eran preciosos, y más, su blanquecina piel como la nieve, sin acné, sin heridas, tan perfecta como un lienzo en blanco. Se sentó dos filas más por delante de mí, se puso a rezar con aparentemente su familia y como pecadora que soy, no pude evitar salir corriendo de la estancia.*

*Habían pasado dos días desde aquel acontecimiento. Me había alojado en un antiguo hostel de mi tierra natal, el cuál había cambiado de dueño. A pesar de sentirme tremendamente triste y nostálgica en aquel lugar, algo me ataba a él y era ese hermoso joven. Dibujé en un lienzo su bello rostro. Pero mi corazón no paraba de acobardarme, por lo tanto cogí este maravilloso retrato y salí corriendo a la mañana siguiente y me dirigí a la iglesia. El nuevo cura era un hombre casi anciano, de unos sesenta y tres años de edad, muy voluminoso pero con una presencia buena.*

*-Padre, ¿Tiene usted un momento para atender a una pobre señorita como yo?- Dije, intentando no asustarle por mi estética y presencia, ya que siempre, he tenido un aura oscura que hace que la gente huya de mí.*

*-Claro hija, pase, pase-Me dijo el amable hijo de Dios, con cierto respeto.*

*-Debo confiarle este retrato, no conozco al chico personalmente, pero soy una aficionada a la pintura y decidí pintar a este chico. ¿Le conoce no?*

*-¡Oh! Por supuesto, es Amadeo, el hermano mayor de César. ¿Quiere qué*

*le de el retrato?*

*-Sí por favor, pero no le diga mi nombre. Quiero que sea un cuadro anónimo ya que creo que su familia no sé tomaría muy bien que pintara el rostro de su hijo sin su permiso y además, solamente soy una aficionada y pinto rostros diferentes o qué me llaman la atención-*

*Salí de la iglesia tras una larga charla con el cura. Al principio se negó a entregarme mi cuadro por su familia, pero finalmente accedió, tras dejar caer algunas de mis lágrimas. Era aproximadamente la una y media, por mero recuerdo decidí visitar mi antiguo instituto, donde mi vida fue prácticamente un infierno, pero fui, con la esperanza de encontrar a ese ángel de Caravaggio, era ser tan hermoso y perfecto, pero no le encontré.*

*Eran las cinco de la tarde y decidí visitar el otro instituto de mi pueblo, el instituto parroquial. Esperé a que salieran sus estudiantes y ahí estaba, Amadeo. Yo estaba sentada en uno de los bancos laterales al instituto y de repente, otra aguja se clavó en mi corazón cuando sus ojos se clavaron en mí, fue leve pero largo a su vez. Mis negros y oscuros ojos miraron fijamente a los suyos, verdes e inocentes. Esos dos segundos que nuestras miradas se cruzaron, fueron interrumpidas por una voz chillona que llamaba su nombre. Mientras el joven ángel corría hacia un grupo de amigos, volteó a mirarme, no pude evitar sonreírle, él me devolvió una hermosa sonrisa, mi cuerpo en aquel momento se estremeció.*

*Pasé unos cuantos días de estrés y tristeza, recordando todos mis tiempos en el pueblo y pensando en Amadeo. ¿Debería irme? Fue lo que pensé, pero por algún motivo decidí quedarme. Una semana después, visite la iglesia y el amable pastor me dijo que el cuadro ya le había sido entregado a Amadeo, ese mismo mediodía decidí esperarme a que los estudiantes salieran de clases. Mientras esperaba, decidí dibujar en mi bloc de dibujo, el cuál llevaba siempre encima, al hermoso Amadeo como un ángel. Finalmente todos salieron correteando y gritando, como si fueran presos saliendo por fin de su condena. Y ahí estaba. Esta vez su mirada se clavo en mí de una forma más tímida y curiosa que la anterior, durante cinco segundos. Finalmente le volví a sonreír y él se sonrojó, esta vez no hubo pinchazo en el corazón, solamente hormigueo en todo mi cuerpo. Fui a el hostel donde me alojaba.*

*Eran las seis de la tarde y estaba a punto de dormir, desaté mis largos y negros cabellos que solía llevar recogidos en una preciosa trenza y los dejé caer sobre mi espalda, quité mi ropa y me puse un precioso camisón de encaje negro como pijama. Pero alguien llamó a mi puerta.*

*-Disculpe, pero abajo hay alguien preguntando por usted- Dijo la mujer de la limpieza, tan seria y rígida como siempre.*

*-Dile que suba, pues ahora mismo no estoy en condiciones de bajar- Dije a la señora, dirigiendole una falsa pero amigable sonrisa. ¿Quién sería? Me preguntaba, lo primero que pensé fue en qué podría ser un antiguo amigo o amiga del pueblo que se hubiese enterado de que yo me hallaba en aquel lugar, así que simplemente me puse una falda ancha por encima del camisón y esté me lo arregle de tal forma que pareciera una camisa fina de encaje, por otro lado, me limité a dejar mis cabellos sueltos, mi rostro*

*sin maquillar y me vestí con unos zapatos de medio tacón.*

*La puerta vibra, el timbre estaba sonando, esa odiosa melodía. Estaba algo nerviosa por saber quién era, intentando disimular mi nerviosismo grité un: "¡Ya voy!". Abrí la puerta, pero no había nadie, simplemente una nota en el suelo, la recogí y no dude en leerla.*

*Muchas gracias por el regalo, no estoy seguro de qué sea usted la que me entregó este bonito regalo, pero por simple intuición lo imaginé y la seguí hasta aquí, siento si la he molestado.*

*Atentamente: Amadeo*

*Al leer está carta mi corazón ardió en deseo de poseerle, aquella carta tenía un olor particular, me encantaba. Me quedé un rato olisqueando su aroma, tan inocente, tan fogoso, me encantaba.*

*Ya eran las siete de la noche, así que decidí coger mi coche y viajar a un pueblo de al lado para cenar en algún buen restaurante. Durante este viaje, aprovechó para contaron cosas sobre mí, ya qué a penas me conocéis. Omitiré decir mi nombre real, así que simplemente me llamareís Angelika. No estoy casada ni tengo hijos, actualmente sí tengo una pareja, pero por motivos personales decidió no viajar y quedarse cuidando de la casa, llevamos mucho tiempo juntos y somos felices., trabaja como profesor de inglés y ruso, la verdad es qué es bastante querido por sus estudiantes y gana un buen sueldo. Yo en cambio, trabajo en la tanato estética y tanatopraxia, mi sueldo también es bastante bueno y mi trabajo me gusta lo suficiente para no deprimirme allí. Actualmente vivimos en Suecia, pero quise darle una visita a mi madre por su cumpleaños y por eso vine a mí país natal. Antes vivíamos en este pequeño pueblo, pero poco tiempo después de que me fuera a vivir fuera con mi pareja a bastante temprana edad, mi madre se mudó a la capital para estar más cerca de mi familia. Mi pareja y yo nos llevamos once años, yo tengo treinta y ocho y él cuarenta y nueve. Y por simple inspiración para mis pinturas y escrituras fue por lo qué decidí venir a este pueblo. Contado esto, ya puedo proseguir. Pare a cenar en un restaurante japonés bastante bueno, comí tranquila y estuve charlando con uno de los camareros sobre su bello país, le hablé de qué cuando era algo más joven lo visité y fue la semana más feliz de mi vida. Olvidé por unos cincuenta minutos la trágica historia qué estaba viviendo. Más tarde llegué a casa y llamé a mi querido compañero de vida, el cuál parecía estar bien, pues él sufre depresión y por eso mismo me preocupó dejarle solo.*

*Eran las once de la mañana aproximadamente cuando volví a sentir el chirrido del odioso timbre. Abrí la puerta y la mujer de la limpieza me dijo qué tenía una nueva visita. está vez si pregunté de quién era y me contestó que el mismo joven de ayer. Para qué no se alarmará de qué un adolescente visitará a una mujer madura me limité a decir: "Oh, ya está aquí mi sobrino y a estás horas, hay qué ver como son estos jóvenes". La mujer me sonrió y le pedí qué por favor le dijera a Amadeo qué subiera. Me vestí rápidamente, me puse un vestido de seda negro con unos encajes bordados en las puntas, era un vestido recto con un escote triangular, el cuál no realzaba mucho mi figura pero sí dejaba mostrar mis voluminosos pechos. Me cepillé el pelo un poco y lo recogí en una pequeña*

coleta qué solamente cubría la mitad del pelo, me puse un labial carmesí y dejé mis pies descalzos. La puerta sonó, y emocionada e impaciente, la abrí. ¡Y allí estaba!

-Pasa- Le dije, de forma algo fría, pues realmente me preocupaba qué pudiese pensar de mí. El joven pasó de forma muy tímida. Esta vez portaba el uniforme del colegio, qué era un simple chandal azul y blanco, le daba un toque algo más infantil y estaba completamente ruborizado.

-Sientáte anda-Le dije, ofreciendole mi cama como asiento.

-Señora, no quiero molestarla, sólo venía a darle las gracias personalmente, pero ya me voy- Tras decir estas palabras mi corazón se encogió y no pude evitar cogerle de la mano y decirle: "No te vayas, hablemos". Le ofrecí una taza de chocolate y me senté en la silla del escritorio, en frente de él.

-¿Amadeo te llamabas verdad?-

-Sí señora, ¿Y usted?

-Ya qué sabes mi identidad te lo diré, Angelika querido. Por cierto, eres un joven muy educado, la mayoría de niños de tú edad hoy en día son bastante pedantes, maleducados y poco sofisticados. Permíteme alagarte un poco y decíte qué eres un pequeño caballero-

Amadeo se ruborizó y estuvo a punto de escupir el chocolate de su boca.

-Escúchame Amadeo, la próxima vez se más prudente, no quiero que tus padres se enteran de qué vienes aquí y de que haces pellas-

-Señora, mis padres no sé enterarán se lo aseguro y si vengo a verla en vez de ir a clase es porqué algo dentro de mí me dice qué venga a verla- Está vez me ruborizó yo.

-Amadeo, llámame Angelika por favor-

Le sonreí y sin a penas darme cuenta, mi querido ángel de Botiticelli rompió a llorar.

-¿Estás bien?. Dije, apresurandome a su lado y cogiendole el hombro.

-Explíqueme, ¿Qué es el amor?, ¿Qué es lo que siento por usted?-

-¿El amor?...- Estuve pensando unos cuantos segundos y mi corazón se aceleró excesivamente, pero me atreví a responder.

-El amor Amadeo, es algo tan bello como doloroso, escúchame, el amor es lo qué sientes por alguien al que quieres proteger, es un sentimiento que te mantiene despierto las veinticuatro horas por la persona qué amas. El deseo de fundirte entre sus pieles... Para mí el amor es la combinación de lujuria, protección y lealtad- Dije, algo nerviosa y sin pensar mucho mis palabras-

-Señora... Digo... Angelika, te amo, deseo fundirme contigo, deseo estar con usted-

Sentí un cosquilleo increíble subir de mis entrañas. Giré mi cuerpo hacía el espejo y me observé, de repente Amadeo, se levantó de la cama y me intentó coger por la espalda, me enfurecí.

-¿Qué haces? Soy una mujer adulta, tengo treinta y ocho años, tú solamente dieciseis, eres un niño, no me toques por favor. Y cuídate de volver a venir aquí a buscarme, me podrías meter en un buen lío. Vete de una vez-

Aparté a Amadeo de mi espalda con fuerza, él, impresionado me pidió mil

disculpas y salió de mi habitación. Me senté en la cama, justamente donde él estuvo reposando y estallé en sollozos. ¿Qué debería hacer? Me pregunté una y otra vez, estaba a punto de enloquecer. Amadeo, ¿Te habré perdido? Quizá sea la mejor decisión, ya que para mí simplemente eres el fruto prohibido, la tentación de Adán... Todo esto me decía a mi misma.

Dormí aproximadamente unas once horas, bastante para mí, me desperté y pensé en qué hacer, para no enrollarme, diré que estaba dispuesta a irme en dos días aproximadamente y no volver a ver a Amadeo en esos días, pues lo mejor era olvidarme de él, pero mis pensamientos estaban muy lejos de la realidad. Espere unos minutos a recuperarme de la impactante realidad que estaba viviendo y me dirigí hacia el cementerio, donde yacían mis abuelos y mi tío. Les llevé unas hermosas rosas. Blancas para mi tío, rosas para mi abuela y rojas para mi abuelo. Me senté en uno de los bancos de en frente de los nichos de mis dos abuelos y estuve contándoles mi situación. Aunque sabía que era evidente que no me responderían me sentía en paz, el silencio, la calma y el aura de los cementerios siempre me ha transmitido bienestar. Pasé aproximadamente unas dos horas allí hasta que apareció el dueño del cementerio y me invitó a irme, de forma cortés, algo que me agradó bastante, pero mi estado mental estaba tan mal que me puse a llorar al poco tiempo de salir del cementerio. Apresuradamente subí a mi coche y me dirigí a mi maldita habitación de hotel, donde me pasé la mayor parte del tiempo durmiendo.

Ya habían pasado los dos días y permanecía en cama, quería irme pero mi salud no estaba en su mejor momento. Agobiada, con fiebre y con un dolor inmenso en mi cabeza acudí al centro de salud más cercano, donde me pusieron una inyección y me dieron algunos medicamentos. Pasada una hora, estaba muchísimo mejor.

Otro de mis pasatiempos el cuál no os he contado, es sin duda la fotografía. Eran las diez de la noche y ya había cenado tranquilamente, así que cogí mi cámara de fotos y salí un rato por mi viejo, agobiante y dulce pueblo. Me vestí de forma simple, unas mallas negras, unos zapatos creeper con un poco de plataforma y una camisa "oversize" con un estampado de rosas aterciopeladas. Estaba fotografiando la curiosa fuente de la avenida cuando él, mi pequeño ángel apareció ante mí. No me dirigió la palabra, ni siquiera me miró, simplemente se apresuró a pasar por delante de mí. Pensé; "Está bien, es lo que tiene que ser", pero por dentro le deseaba, le deseaba tanto que corrí tras de él hasta alcanzarlo en la puerta de su casa.

-Amadeo querido, yo también te amo, por favor, no te vayas, no me dejes, ser hermoso, ángel caído del cielo, mi Amadeo, perdóname- Estas palabras salieron de mí como un impulso, mis sentimientos afloraron y una lágrima cayó de mi ojo. Amadeo no dijo nada, simplemente me abrazó. Yo desde siempre he sido de poca estatura, mido uno cincuenta y cinco, mientras que él, medía aproximadamente uno sesenta y largos. Ambos unimos cuerpo y alma en aquel abrazo, le amaba tanto como él a mí, aquel abrazo, bajo el bello cielo nublado y las estrellas inexistentes fue

uno de los momentos más bellos de toda mi vida. Puedo aseguraros, que el amor y la lujuria que florecía en nuestros cuerpos era puro, tan puro como la rosa que amanece entre los florales primaverales, tan puro como el amor que sintió María Magdalena por Jesucristo, tan pasional que parecía mentira que fuera un pecado, un amor prohibido, un amor que debería ser castigado con la furia de los hombres y de Dios. Se apartó de mi, quise besarle pero mi impulso moral me lo impedía.

-¿Quién eres realmente, Amadeo?- Pregunté de forma tímida y sonrojada, pero una corazonada al vernos cara a cara, me hizo estremecer, como si su sonrisa y su piel pálida hubieran florecido en mí desde hace mucho tiempo.

-Soy simplemente Amadeo señorita, tú Amadeo, al que siempre has esperado-

Mi cabeza estaba confusa, recordé mi singular obsesión por los ángeles de Botticelli y los bellos jóvenes de Caravaggio, así como los lozanos rostros de Rafael Sanzio. ¿Por qué esa obsesión? Me pregunté. Llevaba años buscando a ese joven perfecto ante mis ojos, llevaba soñando con él... Espera... ¿Soñando con él? Me dije en ese momento. Le miré fijamente a los ojos, a esos ojos inontes y verdes que tenía.

-Descúbreme tú misma, pero rápido: Siempre he estado contigo- Dicho esto, Amadeo entró en el portal y yo me fuí-

Me pasé toda la noche pensando y amando a Amadeo, lo que no sabía, era que todo el misterio que me rodeaba, estaba a punto de ser descubierto.

Desperté en un lugar que no era mi habitación de hostel, me hallaba en una bosque, tendida en el suelo y con mi camisón de dormir. Miré a mi alrededor y solamente ví el temible cielo negro de la noche, las nubes sobrevolándolo y la Luna asomándose como un depredador a través de estas. Me levanté poco a poco, tenía rasguños por todo el cuerpo. De repente, a lo lejos, visualicé la sombra de dos niños correteando por el bosque. Tímidamente me acerqué y pude ver uno de los recuerdos más horribles de mi miserable vida, algo que creía haber olvidado ya. Aquel fue el momento en el que fui de acampada con mis padres, tendría unos ocho años. Me perdí, me perdí en la oscuridad de la noche, pero alguien me ayudó...Y adivinad, el rostro, la forma, todo, era Amadeo. Aquel adolescente que yo había olvidado por completo era mi amado Amadeo... No sabéis lo que sentí en aquel momento, miedo, tristeza, soledad... Pero esa sensación cambió cuando el cielo pasó de ser totalmente oscuro a claro, de ese azul majestuoso que caracteriza nuestro manto, sin a penas nubes, solamente nubes blancas y esponjosas. Un Sol radiante, anaranjado como el fuego y un bosque verde y algo fondoso, muy hermoso. Allí apareció la figura de alguien desnudo sentado en unas rocas, con una pose parecida a la de " El Pensador". Me acerqué y vi que el sujeto era bellísimo. Unos músculos fornidos, una piel caramelo aterciopelada, unos grandes ojos azules y largos cabellos rubios.

-¿Quién eres?- Dije, tímidamente.

-No importa quién soy, solamente vengo a informarte de que su vida está en juego- Me dijo el ser misterioso.

*-Cúentame pues-*

*-Amadeo, Amadeo es tú pecado, vuestra tentación, un ángel caído, alejate de él-*

*-No me alejaré de él, le amo-*

*-No le amas, solamente piensas en que es un ser bellissimo y perfecto, sé lo de vuestra obsesión con ciertas pinturas. Quiero que confíes en mí, mi nombre es Aliel-*

*-Te equivocas, Amadeo es un ser excepcional, me aporta paz y tranquilidad, jamás me iré de su lado. Aliel... ¿Así es cómo te llamas no? Dejame pedirte un favor, y seré sincera-*

*-Dígame pues*

*-¿Que es Amadeo?- Dije, acercandome un poco más a él-*

*-Amadeo es un ángel caído, un demonio, es una simple creación de Dios fallida, jamás debería haber pisado el cielo-*

*Quedé sin palabras ante semejantes palabras. Aún así acabé de llegar a la roca donde estaba posado Aliel y me senté a su lado. Viendolo de cerca puedo describiros como era semejante belleza. Tenía un torso perfecto, además de su piel acaramelada y su cuerpo escultural, está brillaba al Sol. Sus proporciones eran perfectas, es más, incluso las venas que se le marcaban debajo de su lisa piel eran bellas. Tenía unas uñas cristalinas y no poseía bello en el cuerpo. Aliel había cambiado de posición y tapaba su miembro con una de sus manos. Sus cabellos rubios, eran hermosos, abundantes y brillantes, le llegaban aproximadamente por el hombro. Pero lo más impresionante de él era su aura, su aura tranquilizante y hermosa.*

*-¿Y tú que eres?- Dije, intentando no ponerme a llorar de la emoción ante aquel perfecto ser, pues su belleza me inundaba y mi corazón estallaba*

*-Soy un ángel-*

*Esas tres simples palabras resonaron en mi cabeza durante cinco segundos, hasta que pude volver a responder.*

*-Aliel... Jamás tuve registro de un nombre como el tuyo, y curioso es que durante mi juventud me dediqué a investigar a los ángeles-*

*-No todos los ángeles han sido plasmados en la historia del hombre. Es evidente que no todos los hombres han sido capaces de registrar todas las apariciones. Existen miles de ángeles y cada uno tiene su propia ocupación en el cielo. Yo como bien he dicho, soy un ángel, físicamente y mentalmente soy el que más se asemeja a un humano, o al menos eso dicen los textos bíblicos. Tras mi presentación, debo decirte que he venido voluntariamente a protegerte de ese demonio-*

*Callé de nuevo unos cuantos segundos y escuché con atención las curiosas palabras de Aliel. Estaba asustada, impresionada y asustada. Pero necesitaba hacerle preguntas, todas las que pudiera.*

*-¿Si Amadeo es un demonio, como es que tiene familia?-Dije, algo extrañada y con un poco de reparo*

*- Gran pregunta. Por lo que bien ya sé, el hijo mayor de esa pobre familia, falleció hace años por una extraña enfermedad. Amadeo, se aprovechó de el asunto para adoptar un cuerpo mortal. Muchos ángeles caídos, adquieren otras capacidades que los ángeles somos incapaces de*

concebir, como por ejemplo el lavado de cerebro a los humanos, eso es lo que hizo Amadeo con esta familia-

- Tengo una duda, ¿Los ángeles y demonios en cuerpo mortal pueden crecer?-

- No, cada ángel y cada demonio tenemos una fisonomía y fisonomía propias como seres extra dimensionales o como humanos. No podemos envejecer ni crecer, esa familia no tiene eso en cuenta porque está totalmente hipnotizada por Amadeo. Ellos creen firmemente que este es su hijo, no obstante no son para nada conscientes de que no crece y además, tampoco hace tanto tiempo que Amadeo marcó como rehén a esa familia-

- Comprendo, pero no entiendo el por qué quiere seducirme, él no es un incúbo, es un ángel caído. Explícame eso, necesito saberlo-

- Él puede que en realidad te ame- La mirada de Aliel se hizo un poco sombría y volvió a cambiar de posición, esta vez se sentó un poco más cerca de mí y apoyó su musculoso brazo en una de mis piernas, como un gesto de protección. Pero cuando me tocó, su brazo y su cuerpo se desvanecieron por un momento, como si de viento se tratase.

-¿Ves? Los ángeles tenemos rotundamente prohibido tocar y amar a los humanos, es pecado y el simple hecho de que un ángel seduzca a un humano o inicie una relación romántica con este, será enviado inmediatamente a juicio, donde será juzgado y dependiendo de la gravedad del crimen y del juzgado celestial este será calcinado en las llamas de el infierno o simplemente olvidado en el limbo, no obstante, de nuevo debo decirte que a veces hay ángeles que sobreviven a las llamas del infierno y son acogidos en el reino del pecado. Ya sea por qué le han llamado la atención a algún ser maligno o por qué simplemente sobreviven y logran hacerse un hueco en el reino tenebroso. Angelika, desconozco las causas de el fallecimiento como hijo de Dios de Amadeo, eso mismo debes descubrirlo tú. Yo ya he hecho mi trabajo, buena suerte y escoge el sendero sagrado-

Tras estas palabras, Aliel desapareció y acarició mi largo cabello una última vez. Dicho esto, me desmayé.

Aparecí tumbada en la cama, no tenía cansancio ni dolor de cabeza, pero recordaba perfectamente el insólito viaje que había llegado a presenciar. No estaba aún incorporada del todo cuando sentí una presencia en la habitación.

- Parece ser que ya lo sabes todo sobre mí, o bueno, casi todo-

Alcé la mirada y di un salto increíble. Tapé mis atributos un poco con la sábana vieja y observé una figura de Amadeo en un rincón de la habitación mirándome. Quisé hablar, levantarme y pedirle una explicación de todo esto, pero no pude. Así que simplemente se limitó a hablar desde ese hueco de la habitación.

- Querida Angelika, tú me ves en esta forma humana, esta forma de un inocente niño, pero soy un alma descarriada, arrojada al fuego y acogida por su belleza en el seno de la mismísima Lilith. Cuando ese Dios desconocido me creó, quiso hacerme con la forma de un niño y así fue, enternecí a todos los demás ángeles de el paraíso, pero mi cuerpo

*inocente y angelical no concordaban con mi pasión y lujuria. Llevo observandote desde tu infancia, eres el mejor humano de el mundo para mi. Yo soy quién te salvó de aquel bosque, ¿Recuerdas? Pero por intentar evitar la ira de Dios, hice borrar de tú memoria mi imagen pero no el recuerdo, para que toda la vida recordases que fuíste salvada por alguien. Pero por desgracia Dios fue capaz de darse cuenta de mis pecados y fui condenado a el fuego infernal. Pero cuando estaba cayendo, alguien me rescató. Era una mujer hermosa, casi igual de bella que tú. De cabellos rojos como la pasión misma, ojos amarillos de serpiente y una tez excesivamente blanca y seductora, con un cuerpo perfecto e iba desnuda. Está mujer me acogió en su seno, curó mis alas cortadas y desgarradas e incluso hizo desaparecer las quemaduras de el poco fuego eterno que había calcinado mi piel-*

*- Amadoe yo... No sé que puedo hacer realmente, escuchame, eres un ser hermoso y te debo mi vida entera, pero realmente no sé si debo meterme en esto y amarte, porqué realmente ya amo a una persona humana, pero tú... Oh dios... Tú, eres perfecto, eres a quién llevo buscando toda mi vida, a quien he pintado una y otra vez, la presencia con la que he excitado mis carnes en mi memoria... Amadeo ángel bastardo y seductor, ¿Que debería hacer?-*

*- Puedo quedarme contigo el resto de tú vida si lo deseas. Yo te amo como ningún ser mortal podría hacerlo-*

*- No sé que quiero, querido mío-*

*- Si no me deseas tanto como yo a ti, lo entiendo. Me perderé por este gris mundo o entre las llamas del infierno, o quizá siga observandote desde el viento del amanecer-*

*- ¡Espera!- Pero cuando dije estás palabras mi querido Amadeo ya había desaparecido por completo.*

-2-

*Debía olvidarme de todo e irme, yo deseaba a Amadeo tanto como él me deseaba a mi, pero no podía estar con él, era incapaz de dejar mi vida hasta ahora. No podía abandonar a mi pareja que se hallaba lejos de mi, una bellísima persona que ha hecho de todo por mi y la cuál, me había acompañado durante muchos años. Mi casa, mi trabajo, mi hogar... Todo tenía un peso muy grande para mi. Y al parecer, todo esto me importaba más que el deseo por Amadeo. Así pues, puse rumbo a mi viaje.*

*Tardé unas cinco horas en vuelo y sinceramente, lo único que hice fue dormir. He decidido saltarme todo el proceso de viaje porqué realmente no fue nada interesante y como es de esperar, me fui sin despedirme de Amadeo, con la única finalidad de olvidarle.*

*Cuando llegué por fin a la bonita ciudad de Uppsala, tomé un buen café y fui directamente a casa. Al llegar recibí a mi pareja con un cálido beso, en el se reflejaba tristeza.*

*- Pensé que ya no ibas a volver- Me dijo, mientras me estrechaba entre sus brazos.*

- Se que he alargado mucho el viaje, pero realmente estaba agusto allí, ojalá a la próxima decidas venirte conmigo, te he echado de menos- Me sentí muy mal al decir semejantes palabras, me vine abajo y ensombrecí sin querer mi rostro. Miré a los ojos a mi compañero de vida y le dije que en nada haría la cena, a lo que este me respondió que ya estaba echa. Me preparó un plato de pasta italiana bastante bien elaborado, mientras que el solamente cenaba un surtido de albóndigas instantáneo.

- ¿Como he podido hacerle esto?- pensé

Amadeo podía ser hermoso, perfecto, un ángel caído del cielo, y además literalmente, pero él... Mi querido Alejandro...

Acabamos de cenar y literalmente caí rendida en la cama, quería acostarme con él y darle placer, pero mi cansancio era increíble, me dolían las piernas, los brazos y sobre todo, el corazón. Antes de dormir, recordé las insalubres noches en mi antiguo pueblo, en las cuáles solamente hacía que apreciar y pensar en Amadeo, aquella tortura, si, pero aquella espléndida y dichosa tortura.

## Capítulo 2